



M. I. Sr. D. Juan Buj García, Fundador, Director y Propietario de «El Eco de la Cruz». Murió el 26 Septiembre 1935

Ayuntamiento de Madrid





# El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXXVIII Zaragoza, 18 de Septiembre de 1936 Núm. 894

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

—000—

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de «EL ECO DE LA CRUZ», Conde de Aranda, 1, Almacenes del Portillo.



PRIMER ANIVERSARIO

del fallecimiento del

**M. I. Sr. D. Juan Buj García**

Canónigo de esta S. I. M.

Fundador, Director y Propietario de EL ECO DE LA CRUZ

Murió santamente el 26 de Septiembre de 1935

**R. I. P.**

En sufragio de su alma y como recuerdo piadoso se celebrarán: a las diez, aniversarios en las catedrales del Pilar y la Seo y en la iglesia de Santa Cruz. A las ocho, aniversario en el Noviciado de Santa Ana.

Todas las misas que se celebren el mismo día 26, desde la de Infantes hasta la de doce y media inclusive, en la Santa Capilla; un novenario de misas que se celebrará en San Cayetano, a las ocho, desde el día 27, y la misa que se celebra mensualmente el día 26 en los PP. Capuchinos.

*El Excmo. Cabildo Metropolitano, El Eco de la Cruz, la Junta de Acción Social Católica, la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana, la familia y familiares, suplican la asistencia a alguno de los actos mencionados.*



## Recuerdo y ofrenda

**U**N año ha pasado desde que la muerte nos arrebató al muy ilustre señor don Juan Buj, y aún parece que vive entre nosotros. Tan vivo es el recuerdo que guardamos de nuestro querido Fundador y Director. Y es que en esta Casa de EL ECO DE LA CRUZ él lo era todo, inteligencia, voluntad, corazón. ¿Cómo no, si fué esta Revista la que, entre todas las obras de su fecundo apostolado católico-social, ganó sus mayores y más constantes esfuerzos y sus más fervientes amores?

Treinta y ocho años han pasado desde que apareció en el palenque de la Prensa católica, de nuestra ciudad, EL ECO DE LA CRUZ, y aún podemos recordar con singular y tierna emoción aquellos lejanos días en que nuestro amado don Juan nos decía, con todo el fervor de su alma de apóstol:—Hay que publicar un semanario, una revista que venga a llenar un vacío en el campo de la Prensa católica. Una revista pequeña, humilde, como Cristo, pero llena de su doctrina y de su espíritu. Una publicación de tipo popular, que pueda darse gratis, si es preciso, y que llegue a las manos de todos los pobres obreros que no aman a Dios porque no le conocen. ¡Pobrecitos!—exclamaba con la misma caridad de Jesucristo.—Me dan lástima esas muchedumbres de gentes pobres e ignorantes, que son buenas en el fondo, que tienen buen corazón, pero no saben nada de Dios. Por eso, si, por ignorancia le ofenden y le blasfeman y no guardan sus mandamientos. ¿Qué será de ellos si no se les alimenta con el pan de la doctrina evangélica? ¡Ah! me da horror el pensarlos: esas almas serán víctimas del materialismo reinante en que respiran. Hay, pues, que ayudarlas.

Y, como el general que planea una gran batalla, nuestro amado Fundador, con la claridad de su inteligencia privilegiada y la firmeza de su voluntad, iluminado su rostro por la alegría de quien presiente la victoria, trazaba el programa, distribuía las secciones y designaba los ayudantes de su campo de apostolado.

Mas había que poner título a la Revista. ¿Qué variedad de propuestas!—Ese nombre está bien, pero no se adapta a lo que ha de ser.—Eso otro es más apropiado, mas no lo dice todo. Unos momentos de religioso silencio, y, de repente, exclama nuestro querido don Juan: “Ya está: se llamará “EL ECO DE LA CRUZ”.—¿Y la cabecera?—¡Ah!—nos decía:—eso es muy sencillo: una Cruz muy grande, muy alta, dominando al mundo.

Y ahí está EL ECO DE LA CRUZ, con el título y la portada que les dió su padre y fundador, y que aún sigue ostentando después de treinta y ocho años de vida. Al memorar hoy las intimidades de su humilde racimiento, en la fecha del primer aniversario de la santa muerte de su Fundador y Director perpetuo, es justo y obligado recordar también la ingente labor por él desarrollada en su amada Revista durante tantos años, con una perseverancia y un entusiasmo que solamente los que a su lado vivíamos y trabajábamos podríamos aquilatar.

Obra por él concebida, había de llevar forzosamente el

sello de su espíritu. Y se lo imprimió desde el primer momento. Ahí están, si no, los números de EL ECO DE LA CRUZ publicados hasta la fecha, que dicen, mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, su *espíritu evangélico*, desgranado en sus páginas, ora en el tono elevado de la apologética, ora en el sencillo y popular del catequista, o en el atrayente ritmo de la poesía, siempre dentro del marco de una fe viva y de un celo apostólico, que no desdeña tampoco las elevaciones interiores de la mística, manjar de que gustan y se alimentan las almas privilegiadas. Su *espíritu de humildad*, que supo ocultar siempre con el velo del seudónimo su personalidad y la de sus colaboradores. Su *espíritu de celo* por la gloria de Dios, cuyos derechos siempre defendió por encima de convencionalismos y humanos respetos. Su espíritu, en fin, de *sencillez*, de *bondad*, de *alegría* pura, sana, angelical que emanaba de toda su persona...

Todo eso ha sido EL ECO DE LA CRUZ. El espíritu y la vida toda de nuestro inolvidable don Juan Buj. Porque, a decir verdad, nuestra humilde Revista de tal modo fué por él nutrida y amada que, bien podemos afirmar, era más que algo suyo. Era el centro de sus amores y el compendio de su apostolado social-cristiano.

Sin duda, por eso, el Señor ha querido conceder a nuestro inolvidable Fundador el gozo accidental de contemplar, desde el cielo, cómo esta obra suya tan personal no ha desaparecido con él al abandonar este mundo. Fieles a nuestra misión, como si con nuestro esfuerzo cumpliéramos un encargo suyo, el más sagrado, le ofrendamos hoy, con toda la fuerza de nuestra voluntad y la ternura de nuestro corazón de hijos y discípulos suyos, el firme propósito de seguir el camino que nos trazara en este apostolado de la pluma.

Seguros de que no han de faltarnos ni la ayuda de Dios, ni el aliento de nuestro capitán, que nos anima desde el cielo con su paternal intercesión, alegres y esforzados, seguiremos nuestra ruta, con la seguridad consoladora de que nos sonríe con celestial sonrisa.

Gracias a Dios, en esta Casa de EL ECO no ha muerto el espíritu de su benemérito Fundador, antes bien vive y se renueva a través del espacio y del tiempo. Vive en nuestro recuerdo y en nuestras almas el *Padre* amantísimo y amadísimo; el *Director* sabio y prudente que nos aleccionaba; el *Maestro* incomparable, que siempre instruía y guiaba; el *Consejero* desinteresado de celestial prudencia; el *Apóstol* del Corazón de Jesús y de la Eucaristía, que nos iniciaba en la doctrina de esa devoción; el *Sacerdote* ejemplar, de vida angelical y fervorosa; el *Obrero* incansable entregado por entero a la evangelización de los obreros; el *Amigo* fiel, de corazón leal, tierno y bondadoso...

¡Director amado y Padre amantísimo! Bien lo ves; no te olvidamos desde este destierro. Bendice desde el cielo a los que tú formaste en tu espíritu de recio temple apostólico, que hoy te ofrendan el fuego de sus amores y el incienso de sus plegarias.

EL ECO DE LA CRUZ

## Bienaventurados los limpios de corazón

**U**NA de las cosas que más admiraban en don Juan los que le trataban, no ya en la intimidad, sino en la vida social ordinaria, era la facilidad con que *veía* a Dios en todas las cosas.

Le *veía* en los espacios, en los astros, en el mar, en los montes, en las plantas, particularmente en las flores, en los insectos, en los pájaros... y lo que es más difícil, en todos los acontecimientos humanos, así prósperos como adversos; y no sólo en los sucesos graves o de algún relieve, cosa relativamente frecuente entre los buenos cristianos, sino hasta en los más pequeños y triviales.

Y esta *visión* de Dios en las cosas, no era para don Juan

la visión fría y calculadora del filósofo, sino una visión muy semejante en sus efectos a la de los bienaventurados, porque le hacía feliz, en el grado en que puede uno serlo en este mundo.

Y esta felicidad que él sentía en la contemplación de la Naturaleza, era eminentemente expansiva, comunicativa, la hacía sentir fácilmente a los que le rodeaban, sobre todo cuando la expresaba con alguna frase de los Salmos o cánticos litúrgicos en los que tanto abundan los afectos de admiración, de gratitud y de gozo del autor sagrado ante las maravillas de la creación.

En esto era muy notable el entusiasmo y la fruición con que leía, y comentaba alguna vez familiarmente, el



Salmo 103, "Bendice, alma mía, al Señor..."; ese grandioso poema en el que David canta con acentos verdaderamente sublimes la Magnificencia, la Omnipotencia, la Bondad y la Misericordia de Dios.

¡Con qué gusto, con qué acento tan particular repetía frases como éstas: "Señor, Dios mío, vuestra grandeza es infinita. Revestido estáis de gloria y majestad; envuelto en luz como en un ropaje... ¡Cuán grandes son, Señor, vuestras obras!; todas las hicisteis sabiamente... Cantaré al Señor toda mi vida; alabaré a Dios mientras yo existiere... ¡Alma mía, bendice al Señor!...".

Pero ¿de dónde sacaba don Juan esa facilidad de ver a Dios en todas las cosas? ¿Era un don de Dios?

Evidentemente; pero un don que no había merecido, porque nadie puede merecer esos dones sobrenaturales, pero para el que se había dispuesto con una vida pura e inmaculada.

Porque ninguno de los que le trataron puede poner en duda que tenía una alma pura, inocente, sencilla y candorosa como un niño.

Habría quizá quien le atribuya errores y equivocaciones, pero todos se ven precisados a reconocer en él siempre una

## ¡Viva España!

ESTE es el grito sublime que expresa los anhelos de este gran pueblo.

Por encima de todas las diversas ideologías, de las diferencias de partido, de concepciones sociales, está España. ¡Viva España!

¡Viva España! fuerte, atronador, que ahogue toda otra voz y no deje oír sino el sentir profundo del alma española fundiendo y exaltando a todos los buenos españoles.

¡Viva España! es el grito espontáneo que corre como única fórmula patriótica, como consigna salvadora, como consigna patriótica, como consigna salvadora, como consigna patriótica.

España se sentía llena de vida y de razón y hervía de indignación y de impaciencia; ha llegado la hora y desahoga su ira contenida.

Sobre todo grita loca de alegría al verse libre del oprobio marxista.

Tantas torpezas del Poder público, tantas infamias y persecuciones... El mal se extendía y arraigaba de modo inverosímil; parecía ya irremediable; se sucedían las traiciones y claudicaciones... ¿Nos íbamos habituando a esa fatalidad? Se extendía también la desconfianza de todo remedio humano, y eran muchos los que tampoco del cielo lo esperaban, ni lo pedían. La fe misma languidecía en las conciencias, arrinconadas y escarnecidas y acobardadas ante la insolencia desbordada.

Pero España no se resignaba a morir, ni a continuar una vida de ignominia, de miseria y de crimen.

El sarcasmo de los últimos crímenes colmó ya la medida y precipitó los acontecimientos: el espantoso crimen de Calvo Sotelo hizo caer la venda de los ojos y contemplaron aterrados que estábamos en las garras de una checa soviética.

El Ejército español alzó su noble espada y se lanzó a librar a España de las cuadrillas de forajidos que detenían el Poder. Los malhechores de la política y de la sociedad se aprestaron a la lucha con las armas y con la huelga criminal. El pueblo, el genuino pueblo español, sintió la vibración patriótica, y surgieron por todas partes los voluntarios para el Ejército, las intrépidas Falanges que reclaman los puestos de peligro cantando a la muerte, las milicias escogidas de los heroicos requetés, la Acción ciudadana, que sostiene todos los servicios urbanos; las mujeres, que olvidan las trivialidades mundanas y se entregan al trabajo austero de vestir, aprovisionar y curar...

¿Qué es esto?, se preguntan todos. ¿Qué ha pasado? En otros tiempos se eludía por todos los medios el ir al servicio militar, aun en tiempo de paz. Ahora se presentan voluntarios y reclaman el ir al frente de guerra como un derecho y un deber.

grandísima pureza de intención, la ausencia total de miras humanas, terrenas y egoístas, que son las que manchan el corazón y llenan de impurezas la vida del hombre.

Y como el Espíritu Santo ama extraordinariamente a las almas sencillas y puras (por algo se le representa en figura de Paloma) y suele derramar sobre ellas, en abundancia, sus dones, especialmente aquellos que son más adecuados a la misión que han de desempeñar en la tierra, o se adaptan mejor a su temperamento; sobre don Juan Buj, que tenía alma de filósofo y de poeta, derramó abundantemente los dones de ciencia y de sabiduría, que son los que disponen al alma, próximamente, para la contemplación sobrenatural de la creación, o sea, para ver a Dios en todas las cosas.

Así se cumplió en él la promesa de Jesús contenida en la sexta bienaventuranza: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios... Promesa que los Santos Padres explican diciendo que los limpios de corazón ven ya a Dios en este mundo, con una gran viveza y claridad en la fe, con una cierta intuición; y le verán con verdadera visión intuitiva o beatífica en la otra vida.

Una publicación de tipo go- ANDRÉS VICENTE

Mirad esas milicias jubilosas que llenan las calles con la algarazara festiva de su juventud y simpatía.

¿De dónde han salido tantos hombres llenos de ardor y patriotismo?

Ved pasar a los soldados animosos gritando ¡viva España!, que es todo lo que llevan en el corazón.

Contemplad esos ejércitos de jovencitas sujetas a la disciplina acuciante de las industrias militares.

Observad a los niños; son un encanto con sus impecables formaciones que encuadran y perfuman los capullos de sus almas.

Todas las clases sociales con sus insignias de militarizados, todos al servicio de España; es el pueblo español que se siente gozoso y se salva a sí mismo.

Por eso le sirven con alegría y generosidad dejando sus casas, sus estudios, sus mujeres, sus hijos, sus talleres; dejando sus campos y cosechas, que nada valen si pelagra España; y dan su dinero y su oro; y vienen de los campos en interminables convoyes a ofrendar la riqueza y regalo de sus tierras y ganados, que todo es poco para nuestro abnegado ejército.

Y sobre todo ved el espíritu cristiano que todo lo anima. Los gloriosos caudillos acuden al Pilar y le dicen con sencilla grandeza: "¡Virgen Santísima, Tú que todo lo puedes, salva a España!" Vuelve la España de siempre. El crucifijo está ya en las escuelas, aclamado con delirio; se proscriben los libros contra la patria y la moral; se declaran fuera de la ley los partidos del Frente Popular; se impone la enseñanza cristiana.

¡Tenemos un gobierno cristiano! ¡Bendito sea Dios! Y es sobre todo el pueblo el que desahoga su fe oprimida. Junto al lacito patriótico el Corazón de Jesús, o la medalla de la Virgen. ¡Con qué alegría llevan las mujeres su cruz al pecho! ¡Ya era hora!, exclaman. Y son los falangistas los que lucen con altivez sus medallas, lo mismo que los requetés y los de Acción ciudadana. Y unos y otros no saben ir al combate o volver de él sin visitar a la Madre Santísima con ternura filial.

Mirad el Pilar siempre en un hormigueo pintoresco y emocionante, con la policromía de todos los uniformes bélicos, mezclados con el pueblo, con los refugiados escapados de la barbarie marxista.

Ya no se oye otros cantos que los patrióticos, que repiten incansables los niños jugando a milicias.

Ya no se oye, sobre todo, una blasfemia. ¡Bendito mil veces el Señor!

Este es el espíritu cristiano, el pueblo español. Lo demás era artificial, era violento.

Dadnos, Señor, pronto la victoria total y definitiva. ¡Que venga Tu reino!, que eso es lo que sale del fondo del corazón cuando gritamos con todas nuestras fuerzas: ¡Viva España!

JUAN DE LA CRUZ